

# EL LANCERO AYALA

NICOLAS JOFRE

(AÑO 1937)

(Para Demófila C. de Pérez)

*¡Viejo lindo por lo guapo! Lindo viejo montonero!  
De él se dice que a la cincha de su hirsuto redomón  
en la loca indisciplina del homérico entrevero,  
por las pampas azoradas arrostro más de un cañón!*

.....  
*La crueldad ruda y salvaje  
de las lanzas, los rayaron con caricias de tatuaje...  
como rúbricas de gloria en su plana de varón!*

.....  
*Una tarde agonizaba con en sol que se moría  
y la plata reluciente de sus crines, parecía  
el reflejo de la luna en las aristas de un horcón.*

Daniel Elías

Nuestros guerreros y caudillos militares no tuvieron más enseñanza en la milicia que la experiencia de sus luchas en la escuela del sacrificio. Por ello, en un *Paralelo* entre San Martín y Pringles, que hace tiempo escribiéramos, poníamos en boca de esos héroes, estas palabras:

.....  
-San Martín.-me eduqué en el Seminario de Nobles de Madrid; nutrí mi mente con la lectura de los filósofos del siglo XVIII, que encarnaron en mi

espíritu los principios de libertad y democracia. Hice mi aprendizaje a las órdenes del Marques del Socorro; tomé ejemplo de los capitanes que se batieron en Arjonilla. Bailén y Albuera, contra las huestes napoleónicas: los soldados de Arcole y de Frieiland...

-Pringles.- Sólo aprendí a leer y escribir una carta, en una miserable escuela cuyos asientos eran una cabeza de buey; no escuché más enseñanza sobre libertad, que la altivez honrada de mi padre, y la santa plegaría de mi madre; por intuición, solo de mí alma, comprendí la democracia y aspiré a la libertad. No aprendí en el ejemplo de ningún gran general: únicamente el grito de mí patria afligida hizo lanzarme con todo el entusiasmo de mis dieciocho años entregándole mí vida de argentino (1).

Así se formaron, y así era el tipo de casi todos nuestros militares de esa época.

Su instinto ingénito les hacia amar la igualdad, la libertad y la patria, sin entenderlas quizá, pero las llevaban con la fe del creyente dentro del corazón.

Por esos ideales peleaban, y a ellos les ofrendaban su tranquilidad y su vida.

\* \* \*

Feliciano Ayala venía desde hacía años prestando servicios a su provincia. Siendo muchacho joven, estuvo incorporado en los *Regimientos de Dragones y Auxiliares*, etc. Los cuales defendían las fronteras de las Fronteras de la Provincia, desde: Chaján, La Punilla, Portezuelo, Morro, la Posta del Río V hasta San Luis. Todas esas correrías en contra de los indios, en la época de los Gobernadores General Pablo Lucero y don Justo Daract, lo encontraron en sus filas, como fue la invasión de Baigorria y Nahuelco (1 bis), etc., se hizo por consiguiente vida de avanzadas y Fortines, y ya sabemos qué fueron los Fortines de esas épocas, los que, magistralmente y con emoción nos ha pintado José Hernández. Esas correrías, de boliadas unas veces para si quiera conseguir *carne de ave* (se entiende: gamas, guanacos y avestruces); de entreveros con los indios gauchos, le formaron a Ayala, buen jinete, le hicieron eximio lancero, le dieron la pericia y perspicacia de saber defenderse y de afrontar con serenidad las luchas de aquellos ambientes; a lo menos el peligro personal le era su aparcerero conocido, y en cualquier trance lo recibía, diríase, teniéndole la mano.

Así fue que incorporado a la milicia, apenas mocetón, el año 1846-47, con el grado de Porta Estandarte de "Lanceros de los Andes" (fuerte Chalanta), ofreció toda su juventud al servicio de la patria. (Consta en los legajos y cuentas rendidas por él Ayudante de Campo-más tarde Coronel D. Felipe Saa).

\* \* \*

En el año 1860, era Gobernador de San Luis el Coronel Juan Saa, y, naturalmente, lo tuvo a su lado, como que habían servido en los mismos Regimientos.

Por ese tiempo, es decir, durante el año 1860, entre los hombres de la Confederación y los de Buenos Aires, comenzaron a producirse disparidad de pensamientos, los que podrán resumirse en este juicio: Sentíase aspiraciones latentes, sordas, quizá incontenidas hegemonías, pero que iban concretándose en pasiones realizadas en violencia. La superficie del lago parecía tranquilo, pero algo había en el fondo de las aguas, porque a las orillas llegaban ondas agitadoras, quizá oleajes. Así resultaba que en Santa Fe don Pablo López producía disturbios; el Dr. Vélez Sarsfield conferenciaba secretamente con Urquiza (a espaldas de Derqui); en San Juan estaban presos el Dr. Laspiur y el ex gobernador Gómez que lograra fugarse; en Santiago del Estero se habían producido disturbios y asaltos a las mesas electorales, y llegó a destituirse a un gobernador; en San Juan, después de imponerse de Gobernador a un correntino, el Coronel Virasoro, éste resultó asesinado...y por esto mismo es que esas incitaciones llegaron a San Luis, que es a lo que vamos a referirnos. Había en Buenos Aires un periodista agitador, que estaba a la vez de Ministro de Mitre, y este era Domingo F. Sarmiento. Así fue que en la tradición de los viejos moradores de Mercedes, se supo más tarde a qué obedeció la sublevación del Coronel D. José Iseas. Esta estalló en Agosto del 60, levantándose el Regimiento 4 de caballería en el Fuerte Constitucional (Mercedes). Ella debió extenderse en diversos Departamentos, según cartas que se tomaron, pero los Jefes a que se dirigían no respondieron (2).

Inmediatamente el Gobernador Sáa, delegó el mando y se puso al frente de fuerzas para deshacer la conspiración. El ala derecha del ejército, compuesto de 1500 hombres, estaba mandada por el Coronel Felipe Sáa y el Comandante Feliciano Ayala, como el lancero más atrevido y cargador. En las otras alas estaban: D. Moisés Mendoza, Bartolo Quiroga, Agustín Lucero, Blas Videla, etc. Enfrentadas las fuerzas, Iseas no quiso rendirse: al contrario, atacó decididamente. Pero a la primera carga de Ayala, que fue a fondo, rompiendo las líneas enemigas, introdujo el desbande y la rendición de algunos batallones. Iseas huía a Río IV.

Tales tradiciones las hemos oído de los actantes en dichos episodios, como lo era el Comant. D. Bartolomé Quiroga (padre del Dr. Abértano Quiroga, de Rosario), ello ha sido constatado en su fondo por el historiador D. Juan W. Gez. El Comant. Quiroga que había acompañado en muchas campañas al General Sáa, solía en repetidas y entretenidas charlas con mi señor padre, contar, opinar, de esa política que yo no entendía, en mis diez y seis años, pero sí, se me grababan indeleblemente los episodios militares, los combates y las cargas de los sableadores y lanceros de esa época. Ellos, los participantes de esas heridas y dolores, eran los únicos que podían pintarnos esos cuadros, e impresionar la imaginación juvenil. Y así lo hacían esos, con toda la pasión de sus idealismos, según su comprensión. Intuían la nobleza de las causas que sostenían, y que solo el tiempo, allá a lo largo del camino de tres generaciones, había de decirnos el peso de su razón o hacernos ver el oro de su verdad. Ellos, esos viejos, acaso tatuados de cicatrices, con su pasión y entusiasmo a que venimos aludiendo, contaban, entre mate y mate y copita de anís, contaban, digo, referían fervorosos los episodios tal cual si en una pantalla estuvieran viéndolos:..."Don Felipe (el coronel), no solo llevaba su sable sino también su pica, y cabalgaba en un tordillo; Ayala de chaqueta, montaba su *encerado* (color del caballo), y allá lejos se veía al Jefe enemigo, el manco Iseas, en su alazán...", y así sucesivamente, el relato nos hacía percibir el

toque de la corneta del trompa, describía las acometidas al arma blanca entre la polvareda y la salvaje gritería de los paisanos gauchos que, en su desventurosa suerte habían de llegar años después, a montoneros perseguidos, con su cabeza puesta a precio.

Aquietada esa sublevación a que acabamos de referirnos (Agosto de 1860), y vueltos los regimientos a sus destacamentos, el General Súa, se dedicaba a su obra de labor (municipalidad, escuelas, justicia, etc.), cuando en Noviembre son requeridos nuevamente sus servicios por una imperiosa necesidad nacional.

Consecuencias de la política aviesa de Bs. Aires como ya lo hemos dicho en otra parte, en San Juan ha estallado una revolución asesinando a su Gobernador Virasoro. El Presidente Derqui pide al General Súa, se traslade a aquella provincia en su calidad de Interventor Nacional. Desde luego se sabe que esa intervención no será respetada, según lo anuncia la prensa de Buenos Aires, pero como a la autoridad federal habrá que hacerla respetar, Súa marcha con un ejército regular. Lleva en consecuencia a los mismos que le han acompañado en la última campaña.

Efectivamente, el Gobernador Aberastain, no acata la Intervención Federal, y convoca su guardia nacional para resistir.

La batalla de "Rinconada del Posito", tuvo lugar.

En nuestro folleto "Lanza Seca", hemos descrito esa batalla conforme a tradiciones oídas y de la exposición que nos hace el historiador D. Antonio Díaz (tomo X), bastante bien documentada.

Ahora agregaremos:

El Comandante Ayala manda el ala derecha de la vanguardia dirigida por D. Francisco Súa.

No podríamos decir ahora, de las narraciones que hemos escuchado de más de media docena de combatientes de aquella acción, cual de los ataques, el de la izquierda mandado por el Coronel Felipe Súa contra Videla, o el de la derecha dirigido por el Comandante Ayala contra el Coronel Antonio Sarmiento (que conocimos aquí en San Luis en 1907) cual fue de más empuje, más brillante, y con verdadero derroche de valor! Los jefes de esas épocas, no se quedaban detrás de sus batallones para mandar las cargas: iban adelante, como Napoleón en Arcole, y ni había regimientos de *Zapadores* para ocultar en zanjas a los combatientes. Así peleó, dicen, aquel lancero, trayendo su lanza, como su sable "*chorreando la sangre del entrevero*".

Lo que resultó de esa lucha ya está escrito en libros de textos, muchas veces llenos de mentiras, pues, siempre se ha dado a la juventud a mamar leche de mistificación.

Las consecuencias de esa batalla y la muerte trágica del Dr. Aberastain, aproximaron los hechos de la batalla de Pavón, de la cual, sin ocuparnos de ella en sí, vamos a narrar un episodio, referente a nuestro héroe.

Los ejércitos estaban desplegados, cubriendo la emplanada del Arroyo de Pavón, en la mañana del 17 de Setiembre de 1861.

El General Juan Súa mandaba la caballería del ala izquierda.

Recorría a paso de caballo la línea de batalla, dando órdenes, momentos antes de lanzarse al combate, y recomendando a los jefes el comportamiento que debían guardar.

Llega a donde está el Coronel Ayala, y le dice:

-A vos, negro, no tengo nada que decirte: demasiado sé de lo que sos capaz...

"Fue tal mi satisfacción, nos decía como treinta años después, que si hubiera de haber peleado como león, ese día peleé como un tigre".

Inmediatamente que pasó el General, (nos narraba el mismo Ayala) se presentó un cabo, diciéndome que un soldado de mi Regimiento, solicitaba que, un momento antes de entrar en batalla, suplicaba se le hiciese tocar por la banda la *cueca puntana*, para bailarla, decía, al frente de esos porteños compadrones... Así lo solicité por medio de mi Ayudante. El General en su gran bondad accedió".

-Y se bailó? preguntámosle.

-Claro que sí, y ese soldado fue un muchacho que supo vivir aquí por los Chosmes, llamado Paulo Ojeda. Y viera Doctor, que entusiasmo nos despertó: casi nos lanzamos sobre el enemigo, antes de que el General llamara al *Trompa de Ordenes!!*.

Así eran aquellos hombres, formados en la intemperie de la vida: por fuera, toscos como una corteza de quebracho, pero por dentro, sensibles y rojo el corazón, colma de sangre caliente. Ni siquiera a ellos pudiera aplicársele la rutilante frase del Vizconde de Turena, que, temblando sobre su caballo, un instante antes de la carga sublime, repetía: "Cuerpo miserable! *Tú tiembles, pero yo, no tiemblo!!*"

\* \* \*

En seguida empezaron las cargas escalonadas. Desde el primer momento vióse que la lucha iba a ser encarnizada y brillante. Y así fue.

Contaba años después don Arístides Coria, que en esa batalla, él servía de Ayudante a un Comandante Pizarro. Este por considerarse un brazo poderoso en el manejo de la lanza, abrigaba el deseo de tener un encuentro personal con Saa.

En el choque de las primeras cargas, narraba el citado Coria, del ejército del General Mitre, apareció en las filas de la Confederación, un jefe bien montado, con su montura cubierta de plata (3), y creyendo Pizarro que ese jinete era el General Saa, le hizo señas con la lanza, invitándolo a que se apartase a campo abierto. Accedió el desafiado. Las avanzadas más próximas se detuvieron casi instantáneamente en su empuje para presenciar aquel épico torneo, que reproducía una escena medieval, acaso Lohengrin y Telramundo.

Los jefes se contemplaron un instante, midieron la distancia, y se lanzaron el uno sobre el otro con el ímpetu de una estocada...

Viene a la memoria el combate de *Mandricardo y Radomonte*, descrito en homérica estrofa del Ariosto, ilustrada sobre la piedra por el buril de Doré.

El encuentro fue terrible: al girar de los veloces molinetes de las lanzas, los corceles encabritados se empinaron...y en ese segundo, el Comandante Pizarro brincó muy alto sobre la montura de su caballo: estaba traspasado de un lanzazo!...

El Coronel Feliciano Ayala que era el jefe Contendor, no pudo en dos tirones arrancar la lanza que habría atravesado totalmente el cuerpo, y tuvo que soltarla, desenvainando su filoso corvo.

Nadie se atrevió a acometerlo, y el Ayudante citado que era D. Arístides Coria que estaba más próximo narraba este incidente, diciendo:

“Me crucé de brazos...pero Ayala me miró, y me imagino que al verme tan joven (tenía yo 18 años), me tuvo lástima. Bajó el sable, y como ya estábamos rodeados de las fuerzas de Derqui, me hizo tomar prisionero y alzar a la grupa de un soldado.

Es sabido el resultado de esa batalla, y como pelearon ese día las caballerías puntanas: los historiadores Antonio Díaz, Benjamín Victorica, Martín Ruiz Moreno, nos la han descrito (4).

Más tarde Ayala, después de escapar de las persecuciones de los porteñistas, huyendo a Tierra Adentro o a Chile, vuelve a su provincia, y sigue prestando sus servicios hasta producirse la revolución de 1867. Se incorpora al movimiento del Coronel Carlos Juan Rodríguez que trae desde Mendoza, y forma parte del ejército del General Juan Súa, para asistir a la batalla de San Ignacio.

Vencidos los revolucionarios, emigraba el General Súa al extranjero, sus compañeros ¿A dónde irían? Los que disponían de algunos recursos pidieron asilo en Chile. Los más pobres tomaron el camino del *Desierto!*

Ayala fue de estos últimos.

Allí en las tolderías vivía con algunos compañeros, cuidando algún ganado que llevó o cultivando la tierra en siembra de zapallos y maíz. Fue siempre respetado por los indios, que le tenían como amigo, pero le desconfiaban (5). Era sospechado, por que siempre se oponía a que trajeran invasiones a su provincia, y hasta tenían un tratado al respecto con el Cacique Epumer Rosas. Sin embargo, dicho convenio, con uno u otro subterfugio, lo violaban de acuerdo con ciertos cristianos gauchos allí refugiados.

En efecto: un día, después de una invasión traída a esta frontera, Ayala llamó a Epumer y le dijo:

-Mirá *peñito* (hermano): tu gente, dirigida por el indio Ñancuman (6), y parte de la mía, encabezada por Santos Valor (7), han desobedecido nuestras órdenes, llevando un malón a San Luis. Es necesario hacer un escarmiento: hay que lancearlos.

Convino en ello Epumer, y, a los dos aludidos, una vez prendidos, se les puso en capilla.

Cuando llegó la hora de la ejecución, el indio Ñancuman hizo llamar a Epumer y le dijo con voz consternada, pero llena de amargo reproche:

-I me vas a hacer lancear, Epumer Rosas, no salvé yo a tu hermano Mariano Rosas en la invasión de “La Carlota” y herido lo traje a mi toldo y lo curé? Decí: ¿Coilá? No fui yo el bombero que a lanza y pata de caballo traje el parte cuando las fuerzas de Río IV invadían tu toldería? *Coilá?* No acordando que fue este vutá Ñancuman (8), *atado ahora* el que te salvó la vida en el entrevero de “Sierra Chica” (9), y te saqué en ancas de mí caballo? Decí ¿coilá inché...(10), y me vas a hacer lancear?...

A Epumer, con ser indio salvaje, nos decía Ayala, se le llenaron los ojos de lágrimas, y me dijo:

No tengo corazón, hermano, para matarlo!

Yo también lo hubiera perdonado a Santos, pero cuando pasé su lado, me miro con odio: no invocó sus servicios, tenía mal corazón, y debía muchas muertes. Lo hice lancear nomás.

Allí estuvo algunos años pues el Coronel Mansilla lo sita en su “Excursión a los Ranqueles” en 1872 (capítulo XL).

Después Ayala volvió a tierra de cristianos, y continuó prestando sus servicios al pueblo de su nacimiento.

En 1878, estando la provincia infestada de bandoleros (consecuencia de la gran crisis que angustió la presidencia del Doctor Avellaneda, revolución del 74, sequía espantosa y hambres), el gobernador D. Toribio Mendoza le nombró *Comisionado* General de la Provincia con bastantes amplias facultades para ser eficaz.

En una o dos recorridas limpió el territorio, pues bastó su presencia imponente y altiva para que por sí solo hiciese rendir a los famosos Gatica, Cabañez, Gonzáles y Pulgorio (11). La fama que le seguía de sus correrías entre los indios, sus servicios en los Fuertes de la frontera disciplinando soldados, sus campañas contra alzados o sublevados, sus vanguardias de lidiador incontenible en sus pujantes cargas de Las Pulgas, de Pocito, de Pavón, de San Ignacio, etc., eran otras tantas medallas que podía ostentar en su pecho, y que despertaban el temor y el respeto a grandes y a humildes. La nombradía de temerario y valiente, capaz de medirse cuerpo a cuerpo, le seguía como una estela, e hizo que los malhechores se le entregasen sin resistencia, por lo que en seguida los ponía a disposición de la justicia.

Por eso había hecho muy bien el Gobernador Mendoza en nombrar personas de esa laya. Imagínese el lector que a diario venían los partes de la campaña por los que se daba cuenta de robos, asaltos y asesinatos.

Decía el periódico El Oasis de Mayo del 78: “Cada día hay un asalto. Hoy felizmente la policía ha andado con suerte, gracias al buen *rastreador* Bordón, quien ha seguido el rastro de los bandidos, y la policía ha podido dar alcance a los asaltantes del Comerciante Laguna, en el 8. Departº.

Al efecto, el Gobernador Toribio Mendoza, en 13 de Mayo del 78, produjo su decreto, nombrando Comisario General de Provincia al Coronel D. Feliciano Ayala.

\* \* \*

Cuando el General Roca empezó desde el Ministerio de la Guerra a hacer su entrada a tierra adentro había escrito al Coronel D. Felipe Súa pidiéndole le indicara el nombre de algunas personas o paisanos puntanos que fuesen conocedores del desierto, es decir, de esa llanura sin límites, *La Pampa*, especie de Esfinge que guardaba el secreto de sus senderos, y los hilos de Ariadna, que podrían salvar a los Regimientos de penetrar en la *travesía* de los medanales en que morirían de sed, y salvarles para ser conducidos a los parajes con agua y pastos...esas aguadas, eran como la Providencia de “Agar” en las candentes arenas de la Arabia desolada.

Súa le contestó inmediatamente indicándole, entre otros, al Coronel Feliciano Ayala.

Habríale dicho, según referencias de un hijo de aquel, Felipe Antonio Súa: “Ayala nos acompañó a mí y a mis hermanos, durante nuestro destierro: así mismo después de la batalla de San Ignacio, volvió nuevamente a tierra de indios: es militar valiente, formado en las fronteras, sahumado en las batallas. Conoce, amén de las costumbres y sorrierías de los *Pampas*, conoce palmo a

palmo, caminos, rastrilladas, y lagunas, hasta el último guayco. Pídaselo al Gobernador, por que el lo tiene ocupado en sus policías.

Roca escribió al Gobernador, y el señor Mendoza accediendo, ordenó a Ayala que se pusiera a las órdenes del Teniente Coronel D. Rudecindo Roca, el que, con el Coronel Racedo, habían partido hacia el Río Colorado.

¿Qué resultado dio esa cooperación?

Lo dice la siguiente nota, que nos permitimos transmitir:

Campamento, etc. Noviembre 16 de 1878:

“Al Señor Gobernador de San Luis. Oficial.

“Voy regresando a Mercedes. Después de diez días de marchas forzadas, logré llegar con felicidad a *Portagua*. La expedición que acabo de hacer es digna de algún resultado. Tengo aquí en mí poder al Cacique Melileo, a los Capitanejos: Mariqueo, Pichintrú, Feliciano Anteleo, y a Luanhues. Además, 76 indios de lanza, y 230 de chusma (mujeres y menores) incluso prisioneros y presentados. Nos habíamos alejado de Mercedes 40 leguas cuando los indios nos sintieron, y empezaron a hostilizarnos. Hemos llegado a sus tolderías, después de recorrer distancias inmensas hasta alcanzarlos”.

“El Coronel Ayala y también el Capitán Quiroga, y Alferes Otriz y demás voluntarios, se han conducido de una manera que les hace acreedores al reconocimiento de V. E. y de sus comprovincianos todos. Lo saluda su amigo.

*Rudecindo Roca*

Cuando en 1890, una falange de jóvenes, en actitud solemne y patriótica protesta levantaba banderas flameadoras d'un extremo al otro del país en contra de un régimen que se le acusó de desorbitado, Ayala, el viejo guerrillero de la Confederación, también desperezó sus miembros y se incorporó a las agitadoras filas.

De nuevo escuchaba gritos de *rebelión* que ya le habían agitado en sus tiempos de juventud, y que otra vez los sentía resonar en los atardeceres de su vida.

¿Qué nombres eran los que oía pronunciar, y que venían a rememorar aquellos años pasados, de vibrante mocedad? Esos eran los de: Leontes Videla, hijo de Daniel, de Pepe Saa, hijo de Francisco; de Hipólito, Julio y Antonio, que eran los muchachos del Coronel Felipe; de Teófilo, ya el único descendiente varón del General J. Saa, y como con aquellos cuatro progenitores: -Daniel, Francisco, José Felipe y Juan, -formaron un solo haz de martirios en las épocas realmente de *sangre y fuego* del panorama argentino, no podía, no debería estar sino con aquellos, en la última patriada de su existencia.

Y efectivamente estuvo en aquel clamoroso movimiento, lleno de decisión, como si renacieran sus vigores.

Le *contemplábamos*, esa es la palabra, le contemplábamos los muchachos de entonces, gallardamente montado en su caballo como aquel numida anciano, Masinisa, en la última batalla de Cartago, le veíamos digo, al frente, encabezando *manifestaciones cívicas* de caballería. Allí iba con su chalina al hombro, “alta el ala del sombrero”, y al viento su blanca barba, como un penacho conductor, de Francisco I.

En la Revolución de 1891 en San Luis, Ayala tuvo el mando de una patrulla volante. El Gob° provisorio nombrólo Comisario General de la Provincia.

Octogenario ya, conservando siempre su lanza y su sable, murió en esta ciudad en 1893, olvidado y en la miseria.

Solo se conserva junto a la tapera en donde vivió, un añoso algarrobo blanco, bajo cuya sombra solía tomar su mate, y dejar cruzar por su mente las tristes añoranzas. Calle Belgrano N° 206.

Así caen los árboles añosos cuando han agotado su savia de tanto dar flores y frutos. Ceden al fin después de batidos por cien tempestades. Pero nadie podrá señalar una cruz de madera que indique el sitio en que el polvo se confunde con el polvo!!

Caen los viejos montoneros, aquellos que ante las amenazas de los gobiernos absorbentes, o la supresión de su libertad, prefirieron ensillar su redomón o levantar su poncho y su lanza: para combatir o para plantar su tienda en el *Desierto*.

Octogenarios casi todos, cayeron esos Coroneles, gauchos con la frente tostada por el sol, la piel curtida por los cierzos de la pampa, la testa nevada por el tiempo, y marcado el cuerpo por las balas, o su coraje, corporizado en el varón, subrayado por la punta de las picas o el filo del cuchillo.

En el lecho misérrimo y en su hora de agonía, humedecen la cuenca de sus ojos con la última lágrima... y, al cerrarlos, sonrín: es que vienen a su mente tristes remembranzas del pasado, y al propio tiempo ven enjoyada de riquezas la patria amada, la patria de sus sueños.

*Nicolás Jofré*

## **NOTAS**

(1) "El brazo y el pensamiento", paralelo y diálogo entre San Martín y Pringles".

(1bis) El historiador Juan W. Gez, ha escrito: "Viguilcheu". Nos imaginamos que esto sería un error de copia, o por alguna pronunciación mal silabeada. Nosotros escribimos Nahuelcheu porque así lo hemos oído de indígenas netos. Además, los indios acostumbran a denominar a sus jefes con apellidos que ellos mismos componían combinando nombres de animales, a los que ellos querían asimilarlos por algún rasgo característico:

Ejemplo:

Pagninao, compuesto de pagní o pañí, equivalente a **león**, y de **nao**, desinencia que significa **parecido a**.

Linconao, semejante a grillo. Coliqueo: coli rubio. Collonao, parece una máscara.

Y así como nau, se convierte en (ao) algunas veces, también suele aparecer dicho subfijo en forma (eu). De este modo, el nombre de aquel Cacique, lo descomponemos así: **Nahuel-che-eu**, es decir: tigre gente parece. O en otra forma: gente u nombre, semejante a tigre. Equivale a: bravo o valiente.

(2) muchas personas que ya ancianas y contemporáneas de Iseas, que pude conocer en Mercedes oyeron de labios de él mismo, en las charlas nocturnas, mientras jugaban a los naipes por plata en la **carpeta** que tenía en su casa propia, oyeron contarle los motivos de aquella sublevación incitada desde Buenos Aires.

(3) A Aya'a siendo yo niño conocí al Coronel AYALA en 1877. Era un tipo que rayaba en más del medio siglo. Barba llena con hilos de plata, lacia y abundosa; de sus ojos pequeños y radiaba una mirada penetrante y enérgica, a los menos es la impresión que se me gravó en la mente. Sinó de alta talla, sobre su caballo, el centauro se agigantaba y pudiera servir de modelo si se quisiese tallar al "jinete argentino".

(4) Las caballerías del ala izquierda tres veces deshicieron las de Buenos Aires: las que se rehacían volvían y eran deshechas de nuevo, hasta que se dispersaron en la más completa derrota.

El centro de los Coroneles FRANCIA Y NELSON, fueron rechazadas, es verdad, pero el ala de Urquiza, se retiró sin combatir. Si hubiera entrado en acción, restablece las desventajas del centro (hoy ya no se un misterio el porque se retiró), y entonces el General Mitre no hubiese hecho la apología de su triunfo. Más vale así, porque se evitaba una muy larga guerra civil. Venció pues y durmió en el campo de batalla.

"Los porteños hallaron la **VICTORIA** como la Virgen, atada en un trapito" –decía el viejo Ayala, treinta años después.

(5) En otro artículo titulado LOS NIETOS DE DON BLAS VIDELA, hemos narrado diversos incidentes de la vida de Ayala en Tierra Adentro.

(6) ÑANCUMAN, es derivado de ÑANCU, águila; y de MAN, suerte, esto es: águila suertuda o victoriosa. Debemos observar, que un autor hablando de este Cacique dice: su nombre viene de: ÑANCU halcón. No se de donde lo deduce. Por mí parte diré que cuando yo tenía 15 a 18 años, es decir: en los años 78 al 80 en que en Mercedes, mí residencia, vivían varias tribus de indios mansos, como las de los Caciques Villaroel, Peñalosa, Cayupan y un capitanejo Coliqueo, y algún otro; jamás oí decir que Ñancun era halcón; sino AGUILA, y lo digo porque en mí casa tenían indios de peones, y a veces con estos me introducía en las tolderías de "Bajo de la Estación", en donde los acristianaba el padre MARCOS. Así mismo me metía en los toldos de "La Matanza" a la costa del río, y aún me metía en el sitio de la casa del **Coronel Cayupan** que vivía en centro de la ciudad. Allí en la casa del titulado Coronel se emborrachaban cantaban, bailaban y **loucoteaban**, cuando estaban muy ebrios. Intertanto, como muchacho curioso iba aprendiendo palabras y más palabras pronunciación y frases, que el tiempo ha ido volando del calcinado caletre.

Cerrando el paréntesis justificativo, alegraré que el Comandante Barbará Federico en su "Manual Auca" de 1879, como F. Oliveira César, y algún otro libro que no quiero consultar, han escrito siempre:

ÑANCU o simplemente NANCU, es Aguila.

CLIQUE, es Halcón.

(7) SANTOS VALOR, era hijo de Plácido Valor. De este dijimos en LANZA SECA, que fué mandado fusilar por el General J. Saa en 1861 por haber saqueado una casa custodiada (antes de entrar las tropas del POSITO) por el Mayor Antonio Lucero, el que fue muerto en la defensa de ese asalto.

(8) VUTA, que a veces pronuncian FUTA (como hueso, **forrao** o **vorruo**) significa **viejo, anciano**.

(9) En 1855, una confederación de todas las tribus de la pampa, invadieron la campaña de Bs. Aires. El General Mitre salió en persecución, pero lo venció el **desierto** que no le era conocido; casi perece de sed y se volvió de "SIERRA CHICA".

(10) COILA, INCHE: miento, yo? Inché, yo: inchui, nosotros dos **inchiñ**, cuando ser más de dos, es decir: **todos nosotros**.

(11) Tenemos recopiladas muchísimas referencias sobre saqueos, asaltos en caminos, asesinatos, etc. Q' en esa época azarosa y de miseria tuvieron lugar, como así mismo extractados procesos instaurados, con condenas o nó, los que son curiosísimos, pero la generación actual no los conoce. La elevada tarifa en el Archivo cobra en sellado por cada expediente q'se hojea me ha impedido que continúe investigaciones que a la

altura de mi edad ya no me importan, pero que quizá para los que vienen pudiera serles útiles, como revelación de un estado social, y aún jurídico de ese tiempo, y al amparo de la legislación penal española o del código del Dr. Carlos Tejedor.

\* \* \* **FIN** \* \* \*